

LA CLASE MEDIA COMO OPORTUNIDAD PARA LA IZQUIERDA

Santiago Alba Rico

Escritor

Esteban Hernández, *El fin de la clase media*
Madrid, Clave Intelectual, 2014

Owen Jones se ha hecho justamente célebre con un importante libro sobre la «demonización de la clase obrera» en el que describe prolijamente ese proceso mediante el cual el capitalismo, al mismo tiempo que proletariza aún más las condiciones de vida de los trabajadores y erosiona sus lazos comunitarios, confina a sus miembros en una especie de «país extranjero» amenazante para el conjunto del país. El libro de Jones se inscribe, en todo caso, en una tradición tan certera como banal. La «clase obrera» –hoy mucho más borrosa que nunca– ha sido siempre explotada, empobrecida y criminalizada por el capitalismo y, por eso mismo, defendida desde la izquierda, y desde luego desde el marxismo, como objeto de padecimientos y sujeto de transformaciones, visión a la que se podría oponer la crítica del marxista francés Isaac Joshua, en el sentido de que no hay razones, ni históricas ni teóricas, para pensar que el «proletariado» esté preparado para esa tarea transformadora ni que su liberación funja necesariamente como vehículo ontológico de «emancipación universal». La «clase obrera», construida material e ideológicamente por el capitalismo, es más bien «reaccionaria» y su emancipación no cubre de manera automática todas las relaciones de poder ni todas las luchas políticas y sociales.

El problema, sin embargo, es la clase media. Y lo es porque aquí todo parece, o parecía, más claro. Según un relato histórico muy ajustado a la realidad (y que Esteban Hernández cuenta en este libro magistralmente) la clase media es, entre otras cosas, un mecanismo de control social muy refinado elaborado a lo largo del siglo xx mediante una combinación de innovaciones industriales, medidas económicas, doctrinas teóricas y manipulaciones culturales. Construida en el orden simbólico y del consumo más que en el productivo, la clase media es más borrosa aún que la clase obrera en términos económicos, pero mucho más clara y concreta en su dimensión subjetiva: cubre como una costra todas las conciencias, de manera que todo el mundo quiere pertenecer a ella, salvo –claro– los marxistas de clase media y los ricos que explotan a todas las otras clases. Es precisamente esta funcionalidad social –la de una clase que olvida en el consumo la explotación propia y ajena, y opone su pasiva gravitación a cualquier fuerza de cambio– la que ha llevado siempre a la izquierda a despreciar la clase media y sus pacatos valores acomodatícios como a una raza fatalmente decrepita, machista, clasista e inclinada al fascismo (pag. 14). De hecho, según el modelo clásico del «cambio revolucionario», los viejos regímenes se derrocaban siempre con la colaboración de una clase media empobrecida que se sumaba provisionalmente a la lucha, pero que pesaba desde dentro como el huevo negro de la futura contrarrevolución.

Pues bien, la tesis fuerte que plantea Esteban Hernández en este libro es la de que, si el capitalismo ha utilizado siempre a la clase media como un instrumento regulador y un dique contra el cambio emancipatorio, hoy la clase media se ha convertido en una clase redundante (la verdadera «clase de más» que el marxismo identificaba con el campesinado) y en un auténtico obstáculo para el único motor de cambio realmente existente, que es el propio capitalismo. La clase media –viene a decir Esteban Hernández– es una molestia y una víctima, y lo es no sólo porque la crisis (esa cosa que llamamos crisis) ha golpeado su nivel adquisitivo y amenaza con proletarizarla sino porque esos valores medianos que orgullosamente ha reivindicado (el conservadurismo, el optimismo, el esfuerzo personal y, aún más, el trabajo bien hecho) no encajan en la nueva fase del capitalismo, el de una «acumulación por desposesión» –por citar a Harvey– que, espoleada por los mercados financieros, asume dos características centrales: la rapidez y el antipuritanismo.

Desde la izquierda se ha pensado siempre el capitalismo como una traba o un peso muerto, y la resistencia al cambio como fundamentalmente reac-

cionaria y funcional al sistema. Pero esto —que ya Marx desmintió en su obra— es hoy menos cierto que nunca. El capitalismo es revolucionario, es la única fuerza revolucionaria que hay, y lo que nosotros —sus víctimas— llamamos revolución social hay que pensarlo más bien, como hacía el discípulo Benjamin, al modo de «un freno de emergencia» activado para detener una locomotora fuera de control. Hoy la velocidad es indisociable de la deslocalización, la «flexibilidad» laboral, la destrucción ecológica, la comida basura, la volatilidad biográfica, la estandarización de la experiencia, la licuefacción de los objetos como archivos de memoria y acumuladores de riqueza, pero también con una opacidad política y económica sin precedentes: basta pensar en el hecho de que el 70% de las operaciones financieras son «de último minuto» y el 50% se ejecutan en milisegundos, lo que deja la economía mundial en manos de algoritmos complejísimo que ninguna voluntad humana —ni siquiera el puñado de ingenieros que los formularon— son capaces de embridar y gobernar. Esta velocidad (de la que el libro de Esteban se ocupa larga y fecundamente) es incompatible, desde luego, con la finitud del cerebro humano, pero también con la supervivencia de la clase media y sus lentos valores narrativos: no hay familia de clase media (las obreras ya habían sido deshechas) que soporte esa presión que, paradójicamente, se ha visto obligada a asumir, frente a la crisis, como Atlas la bola del mundo.

Pero esa velocidad de los mercados financieros y de los mercados de consumibles, que convierte más que nunca la «innovación», la «ruptura», la «provocación» en motor de acumulación y beneficio, se traduce, desde el punto de vista social y cultural, en un anti-puritanismo sin precedentes históricos. Esteban Hernández, que es analista cultural especializado en música, describe de manera singularmente apasionante y rigurosa la relación íntima y contradictoria de la música pop con la clase media en los últimos cien años para poner a la luz el papel contrarrevolucionario de esta revolución antipuritana controlada por la industria cultural. Lo que es evidente, en todo caso, es que la clase media (que en el siglo XIX se escandalizaba con *Madame Bovary* y *Las flores del Mal* y, ya bien entrado el XX, con *El amante de lady Chatterley*) hoy es arrastrada a asumir y a reivindicar una «salida del armario» —de la intimidad hipócrita del hogar a un espacio público identificado con el selfie exhibicionista mercantilizador— que erosiona sus cimientos de clase y somete a la propia «condición antropológica» (me atrevería a decir) a una presión todo lo contrario de liberadora, frente a la cual son de temer, como ya ocurre, reacciones fatalmente puritanas de orden fanático y religioso.

¿Qué es el libro de Esteban Hernández? Es el libro de un periodista que hace alta sociología, al contrario que la mayor parte de los sociólogos (con más Simmel que Bourdieu y tanto Weber como Marx), y el de un periodista que, al revés que la mayor parte de los periodistas, hace verdadero periodismo: los testimonios de «vencedores» y «vencidos» (de la crisis) con los que comienza y termina la obra dan algo así como musculatura viva al bien vertebrado análisis histórico y su precisa y elegante escritura. A mi juicio *El fin de la clase media* es, junto a *Sociofobia* de César Rendueles y *¿Dónde está mi tribu?* de Carolina del Olmo, uno de los mejores ensayos que se han escrito en España en los últimos diez años y por las mismas razones. No se trata sólo de un esclarecedor ensayo sociológico, brillante y riguroso, sino que incluye además una intervención coyuntural y una propuesta. La tesis aquí enunciada, la de que la clase media no es ya una función del capitalismo sino un obstáculo (en términos económicos pero también «ideológicos»), tiene sus consecuencias políticas. La combinación de velocidad y antipuritanismo que acompaña la «revolución» financiero-mercantil, con su tecnología ancilar, sirve para explicar algunas «reacciones» violentas y radicales por parte de lo que Bauman llama «consumidores fallidos» (los jóvenes europeos, por ejemplo, que se suman a las filas del Estado Islámico) pero también, precisamente por eso, obliga a considerar, y orientar liberadoramente, el carácter «resistente» y «conservador» de esta clase media que ya no sirve para nada. *El fin de la clase media* es un libro destinado a «todos los públicos» (académicos, políticos, letrados en general), pero me gustaría recomendarlo especialmente a esos sectores de la izquierda española —casi toda ella de clase media— que sigue considerando la clase media el «enemigo» en lugar de un potencial foco de resistencia frente a la revolución capitalista. Es muy importante no equivocarse ni en el análisis ni en la intervención (y menos aún en el «discurso» cultural dirigido a las mayorías sociales) en un momento en el que —la descomposición en España del régimen del 78 y la irrupción de Podemos así lo demuestran— la movilización del «conservadurismo» desde la izquierda es la única manera de evitar que, una vez más, se cumpla el esquema clásico y la clase media, abandonada por el capitalismo y por el marxismo, se vuelva hacia la falsa, imposible, suicida solución del populismo fascista. En el libro de Esteban Hernández hay mucha inteligencia académica especializada, pero también una perspicacia pragmática, «cultural», que la izquierda no debería ni despreciar ni desaprovechar ■